

PRECIOS DE SUSCRICION.

EN MADRID.

Un mes. 4 rs.
Tres meses. 11

EN PROVINCIAS.

Tres meses, en la administracion. . . 14
Seis meses, en la misma. 26
Tres meses, por comisionado. 15
Seis meses, por comisionado. 28
ESTRANJERO: tres meses. 30
ULTRAMAR: seis meses. 3 pds.



FIGARO

PERIÓDICO CRÍTICO FESTIVO.

CONVERSACIONES MADRILEÑAS.

Dice el proverbio:

—Si quieres un día bueno, hazte la barba; si quieres un mes bueno, mata un puerco; si quieres un año bueno, cástate.

La primera parte de las tres que contiene este prólogo, incongruente como la mayor parte de los prólogos, es harto favorable á un barbero para que FIGARO no la proclame buena y verdadera.

Matar un puerco debe proporcionar satisfaccion no escasa á los aficionados á salchichas y solomillos; pero no doy con la razon por qué ese placer ha de durar un mes, y no dos ó una semana; al menos que el animal aborrecible á los judíos no figure en esta frase de una manera simbólica, entendiéndose significar con su muerte el término de una dieta forzosa y el principio de un periodo de hartura, en cuyo caso, tampoco comprendo por qué ha de durar un solo mes.

Casarse ya es otra cosa, y el espacio de un año en que el proverbio fija el *minimum* de felicidad de los recién casados concuerda, en general, con los datos suministrados por la esperiencia. Ha habido casos en que ha durado mucho menos, pero tambien los ha habido, aunque pocos, en que ha durado mas: de todos modos, un año parece un prudente término medio.

Dejando á los filósofos y á los casados la averiguacion de este punto, diré, por lo que me concierne, qué para un cronista de la vida cortesana, un casamiento ajeno equivale á una semana de dicha. ¡Qué asunto tan grato para las lectoras! ¡Qué interesante! Cuando el cronista tiene la suerte de dar con un tema por el estilo, no necesita arte, ni gracia, ni elegancia, ni oportunidad; por todo eso suplen la descripcion de las ceremonias, fiestas y solemnidades del casamiento y la enumeracion de las galas, joyas, preseas y regalos de los novios.

¡Júzguense de mi satisfaccion, cuando, en vez de un solo matrimonio, puedo hablar hoy de tres ó cuatro de los mas faustos y fastuosos que es dable mencionar.

Se ha casado, el heredero del trono de Italia, principe Humberto, con su prima la princesa Margarita de Saboya.

Se ha casado la infanta doña Maria Isabel Francisca, por algun tiempo princesa de Asturias y presunta heredera de la corona de España, con su tío el infante don Cayetano de Borbon.

Y, en fin, acaba de casarse en París el principe Aquiles Murat, tambien Alteza Real, con la princesa de Mingrelia: solo que éste se ha casado dos veces y en dos distintos parajes, aunque con una misma señora; la una, conforme al rito católico, en las Tullerías, y la otra, conforme al rito griego, en el templo ruso de aquella capital.

Dejando á parte, el último de estos enlaces, aquel en que ha habido mas aparato y menos dinero ha sido el

del principe italiano, y el en que ha habido mas dinero y menos aparato ha sido el de la infanta española. La esposa del principe Humberto era una de las princesas mas pobres de Europa; pero ha tenido infinitos regalos de todas las ciudades de Italia, hasta el punto de que, viendo la enumeracion de las alhajas, ricos trajes y hasta utensilios de tocador que figuran entre ellos, una ilustre dama ha preguntado:—¿Pero qué es entonces lo que tenia esa pobre princesa? De los regalos que han sido hechos á la infanta doña Isabel, aunque es de suponer que no sean pocos ni de corto valor, no hemos visto mencion; pero en cambio, en las capitulaciones matrimoniales se hizo constar que la infanta llevaba una dote de *treinta y seis millones* de reales, de los cuales veinte y seis próximamente en dinero y de la mano á la mano.

Es verdad que esta suma de millones puede considerarse como regalo de la novia, mas bien que como regalo á la novia; pero no es menos cierto que vale por muchos regalos.

Bien mirado, aunque los enlaces régios de que se ofrece hablar en esta semana son muchos, nada mas natural que esos enlaces. Si los principes no se casan, ¿quién se casará en estos tiempos de crisis financieras y de liquidacion de empresas de ferro-carriles? Además del interés de los pueblos en que se multipliquen y perpetúen las régias familias, interés tradicional si los hay, debe tenerse en cuenta que los principes, en su mayor parte, no se hallan comprendidos en la ley de Malthus acerca de la proporcion necesaria entre el aumento de la poblacion y el de las subsistencias. Quisiera yo saber qué individuo del mundo se acordaria de la ley de Malthus, si le ofrecieran en matrimonio una distinguida jóven de diez y seis años y medio, con mas de dos millones de dote por cada año, y otros adherentes no despreciables. Hé ahí un modo de resolver el problema de la poblacion, que todavia no se les habia ocurrido á los economistas. El banquete de la vida seria un verdadero banquete, en el que cada cual, en vez de hallar ocupado el puesto y verse precisado á sentarse debajo de la mesa, se hallaria muy á sus anchas y á su gusto, si cada soltero encontrara una proporcion por el estilo. El celibatismo habria entonces concluido, y las futuras suegras vivirían en envidiable calma.

Aunque he dicho que en el matrimonio de la infanta doña Isabel habia habido mas dinero que fausto, no se crea por eso que de este requisito ha carecido.

La corte española conserva las tradiciones, ceremonial y pompa de la casa de Austria, que ya han desaparecido ó han sido modificados en Austria misma. Es preciso venir á Madrid, en un día tan bello como el jueves de la pasada semana, para ver desfilar tal multitud de coches y ca rrozcas de maderas preciosas, concha y nácar; de caballos empenachados, con dorados arneses; el sin número de criados de todas clases: picadores, caballerizos, lacayos, postillones y correos, cubiertos de oro, brillantes por todas las costuras de sus trajes á la federica ó la napoleona.

Véanse en otras cortes caballos de mas precio, carrua-

SE SUSCRIBE:

En Madrid, en la administracion, Travesía de la Ballesta, núm. 7, y en las principales librerías.

En provincias, por medio de carta franca á la administracion, ó en las casas de los comisionados de FIGARO.

En el extranjero y Ultramar, en las principales librerías.

SE PUBLICA:

Los Martes y los Viérnes.

ADMINISTRACION Y REDACCION.

Calle de la Ballesta, núm. 6.

No se sirve suscripcion alguna cuyo importe no se reciba con el aviso en libranzas ó sellos. La correspondencia, al director de FIGARO.

ges de Binder mas ligeros y cómodos; mas *comfort* y mayor elegancia; pero el sello de lo antiguo, de lo tradicional, que tanto realiza á una corte, no se encuentra ya sino en el día de Jueves Santo ó cuando ocurre algun suceso como el que estos días Madrid ha celebrado. Entre el ceremonial y el fausto de la corte española y el de otras cortes de Europa, hay una diferencia parecida á la que existe entre la onza de oro, *folia in astroque* y el billete de banco: este puede valer tres ó cuatro veces mas que aquella, pero la onza siempre será mas hermosa, mas brillante y habrá quien dé, suponiendo que le sobre el dinero, veinte y mas duros en papel por contemplar el busto borbónico de Carlos III, en la pieza acuñada en Méjico, con el metal que *fortuna á tantos niega*, como decia el pobre de dinero y rico en genio Camoens.

Ese mismo sello de lo antiguo y tradicional que caracteriza á la corte española cuando, en alguna gran solemnidad, se muestra en público, se advierte en el interior de la morada de nuestros reyes.

La magnífica escalera del palacio construido por Fernando VI y su sucesor, de la cual, con mayor motivo que de la del alcázar de Toledo, puede decir un soberano, á ejemplo de Carlos V, «que solo cuando la pisa conoce que es rey»; el salon de columnas, de altas bóvedas pintadas por Tiépolo y Giacchino, de bellas proporciones, verdadero salon régio, como se lo figura uno en sueños, ó como lo pintaron Filastre y Ferri en sus decoraciones; el del trono, con sus bustos antiguos de mármol y alabastro; las interminables salas, cuya decoracion no es del todo moderna, pero si magestuosa y rica; todo esto, visto en una noche de baile, como la del sábado, poblado de mujeres hermosas, magníficamente preñadas y ostentando preciosos aderezos, coronas, collares y brazaletes de brillantes y esmeraldas, compone uno de los espectáculos mas bellos que es posible contemplar.

Un ramo importante de la industria española, que solo en ocasiones parecidas brilla en todo su esplendor y mérito, y cuyo desarrollo es verdaderamente prodigioso, daba en la noche del sábado rica muestra de su prosperidad. No pasaban, en efecto, de dos docenas los *frac*s negros, *modestos*, por supuesto, que se veían entre aquel oleage de uniformes militares y civiles, gentiles-hombres y funcionarios de Palacio, caballeros de las órdenes militares y de la de San Juan, maestrantes de Sevilla, Ronda y Granada, ministros, ex-ministros y jefes de administracion, secretarios de S. M., con ó sin ejercicio, etc., etc. Solo en tales casos se comprende la importancia que la sastrería y la pasamanería tienen en la sociedad contemporánea, y se estima en lo que vale, ó mejor, en lo que ahorra, la costumbre de la corte española de no proibir el *frac* como las de otros países.

FIGARO no ha cursado en la escuela, muy bien regentada por otra parte, de Pedro Fernandez, y no puede ni quiere decir los nombres de las hermosas damas que poblaban el sábado los régios salones. Mas no callará que

la elegancia y esquisito gusto de la infanta, en cuyo honor el baile se celebraba, la magestad de su augusta madre, el porte asimismo magestoso, sereno y distinguido de la infanta duquesa de Montpensier, con esquisito gusto vestida, y adornado el pecho con un río de magníficos brillantes y perlas, atraían las miradas de todos los concurrentes. De otros detalles, del aspecto del salón de Columnas revestido y perfumado con el azahar que cubría sus paredes y adornado de macetas y plantas exóticas, de los rigodones que se bailaron y demás curiosos pormenores, se ocupará FIGARO en sus artículos titulados *Madrid al día*, si le quedan tiempo y lugar, ó podrán sus lectores hallarlos en los diarios políticos.

Las bodas y tornabodas
Duraron siete semanas.

¡Cuarenta y nueve días empleaban nuestros mayores en celebrar la boda de una infanta! ¿Tendrían hoy fuerzas las hermosas damas madrileñas para resistir todo ese período de banquetes, bailes y saraos? Creemos que sí; pero también que la economía doméstica y la pública han ganado mucho con que las siete semanas se reduzcan á una, aunque sea tan bien aprovechada como la que acaba de transcurrir.

SEÑALES DE LOS TIEMPOS.

«Il compilait, compilait.»

Jamás la prensa periódica madrileña se ha mostrado tan apasionada por la anécdota, el chiste, el chascarrillo, los cuentos y las fabulillas como en el día. Cada periódico político es un «Gil Blas», un «Cascabel»; y el pobre FIGARO necesita esforzarse mucho para poder competir con tan asiduos y activos rivales.

No es, sin embargo, un sentimiento de rivalidad, ageno á nuestro carácter, el que nos pone hoy la pluma en la mano para retratar esa manía de compilación, ese sincretismo de que adolece la prensa madrileña. Es que, periodistas nosotros, y muy antiguos, profesamos gran amor á la prensa, y quisiéramos verla al nivel de su importancia.

Haremos, antes de comenzar, una salvedad. No nos referimos á la parte editorial de nuestros colegas, ya tengan la fortuna de poder corresponder á su título de diarios políticos, ya la dediquen á tratar de asuntos de intereses materiales ó morales. Encuéntrase en esta sección siempre algo bueno, espuesto con frecuencia con mucho ingenio y claridad, y á veces cosas verdaderamente notables.

Pero no es menos cierto que, á favor de los tiempos y de las cosas que los tiempos traen consigo, las plantas parásitas se van apoderando del árbol de la prensa, y que conviene practicar una poda, si se ha de evitar que del todo absorban su savia.

Por plantas parásitas entendemos una porción de cosas.

En primer lugar, la facilidad extraña de reproducir unos periódicos los artículos de otros. En estos días háse hablado de la aparición de un gran diario de anuncios, nada menos que del tamaño de «Las Novedades», el cual, á manera de variedades, reproducirá en su primera plana los artículos mas notables de la prensa madrileña. Sería

un verdadero escándalo; pero no tendría nada de nuevo, porque ese periódico no haría mas que lo que hacen los otros; con la diferencia de que, en cambio de las producciones que tomase, no ofrecería sino anuncios de aceite de bellotas ó revalenta arábica, que los interesados celebrarían que se les insertasen gratis.

Tras de la costumbre de la reproducción viene la de la traducción. En esta parte estamos viendo verdaderos prodigios. En el mismo día que llegan á Madrid los diarios ó las revistas francesas, aparecen en nuestros colegas, no ya la noticia, que eso es muy natural y necesario, sino el extracto de una revista científica, de un artículo anecdótico ó biográfico. Mas no contentos los diarios políticos con esa rapidez de traducción, acuden á las fuentes y tienen correspondientes en París, que saquean literalmente la prensa francesa, haciendo de los *petits journaux*, de las revistas discursos científicos y de las publicaciones especiales un *potpourri* mas ó menos divertido é interesante, que sirven á los lectores españoles como guiso original y de primera mano.

Sábase por ellos y sin ellos en Madrid cuándo y cómo en París se baila, se come, se divierte y se instruye la gente; un diluvio de hechos y dichos, en el que flota, *rari nantes in gurgite vasto*, tal ó cual idea.

Tras del escuadrón cerrado de los correspondientes *dilettanti*, que no cazan las noticias si no cuando las ven publicadas por los periódicos, y que no hacen sino enjaretarlas en un alambre, como el pedante retratado en *Gil Blas* enjaretaba los textos de autores griegos y latinos, y que, como él, nos dan á veces noticias tan nuevas é instructivas como la de que en Esparta lloraban los niños cuando los azotaban, viene el escuadrón, todavía mas numeroso, de los cronistas encargados de la parte amena ó gacetilla del periódico. Hay entre ellos no pocos de singular chispa y donaire, que serían capaces de inventar anécdotas, chistes y dichos muy oportunos si las exigencias de la sección que les está encomendada no fueran tantas y tan apremiantes; pero ¿cómo inventar, cuando hay que llenar tres ó cuatro columnas del periódico con ese material dedicado á las lectoras?

El cronista pone, pues, á contribución las florestas, *anas* y colecciones que abundan en las librerías de viejo; usa, sin el menor escrúpulo, del *Mundo riendo* y el *Mundo llorando*, recopilación modelo de chistes hecha por Roberto Robert; de las *Mil y una barbaridades*, de Don Hilario Pipiritaña; de la Enciclopedia; de la Menagiana; de las *Crónicas del Oeil de bouff* y de todos los *anas* conocidos y por conocer. Mas como nada basta para saciar el hambre de ese monstruo voraz que se llama *un diario*, el cronista se ve obligado á tomar á los colegas de provincias la anécdota, cuento ó chiste que éstos le tomaron á él hace quince días ó un mes; y cuando no, á capitular con el versificador principiante que ha fabricado una fabulilla macarrónica ó un epigrama poco limpio.

Resulta de todo esto, que nunca hemos visto una prensa mas divertida ni mas triste. No lo primero, porque ¿qué puede pedirse á un periódico que dedica una gran parte de sus columnas á hacer reír á sus lectoras y á adornar la memoria del niño ó niños de la casa con multitud de frases de hombres célebres, cuentos de gitanos, escentricidades de ingleses, sucesos parisienses y versos picantes ó ramplones? No lo último, porque se comprende que, si la prensa periódica política hace esfuerzos desesperados para retener al lector, distraiéndole y apoderándose del ánimo de su señora, de su suegra y hasta de la cocinera de la casa, consiste en que no tiene ideas qué ofrecerle, ardor con qué cautivarle pasión no-

ble y elevada que comunicarle. Por qué no tiene todo esto, ó lo tiene en exiguas dosis no está en nuestra mano decirlo, ni hay tampoco necesidad de espesarlo.

Con todo, reconociendo, como es justo, que de esa manía de compilación, traducción, plagio y anécdota que se ha apoderado de la prensa madrileña no es ella del todo responsable, y llamando la atención de los personas reflexivas acerca de ese signo de los tiempos, creemos que está en su mano poner algun remedio al abuso, dando mas lugar á los trabajos originales, aunque el diario pierda en amenidad para las lectoras lo que en autoridad gane.

Se nos dirá que lo que la prensa necesita no son consejos. Convenimos en ello; pero tampoco nosotros tenemos otra cosa que dar: y un consejo, cuando es bueno, nunca viene mal, porque puede ser útil mañana, ya que hoy no sea aprovechable.

BOLSA

¡Malo! ¡malo! ¡malo!
Juzguen ustedes:

El accionista va cambiando de carácter, á tal punto que, no contento con inventar la infernal máquina de los *comités de resistencia*, ha dado en la flor de exigir á los administradores de empresas y sociedades la *responsabilidad*.

Resistencia, responsabilidad: ¿comprenden ustedes que con estos dos elementos pueda lanzarse al mercado ningún negocio, aunque sea de conversión de valores efectivos en créditos mas que dudosos? ¿comprenden ustedes que, sin la confianza omnimoda, ciega, sorda y muda del accionista en el administrador, pueda éste dirigir la nave al puerto seguro de los dividendos activos?

Si se tratara de la resistencia de los directores y administradores á las pretensiones absurdas de algunos accionistas ó imponentes, que se atreven á censurar sus operaciones y á pedir su revisión, ó á las del público que, por medio de la prensa, se entromete á averiguar lo que no le importa! Nada sería tan saludable. Por eso aplaudo la resolución de una compañía mítica que ha demandado de injuria y calumnia al «Amigo del Clero» por haber hablado, con el debido respeto y sin aludir á personas, de un préstamo de quince millones de reales hecho por los administradores de esa compañía á un ferro-carril que no se ha construido, y de otro préstamo de tres millones sobre créditos de una casa después de la quiebra de la misma. Esa *resistencia* es sana y salvadora, porque sirve para contener la manía del libre examen del fondo del bolsillo, de la censura apasionada y del prurito de investigación; elementos revolucionarios si los hay.

Pero no, señores; no es de esa resistencia de la que se trata, sino de la que oponen los accionistas á aceptar las resoluciones de las Juntas generales propuestas por los directores y administradores; de la conspiración criminal á que se entregan, citándose, reuniéndose, poniéndose de acuerdo y formando comités para defender lo que llaman sus *derechos* contra los actos de los primeros.

Y, al fin, la *resistencia*, á pesar de su carácter revolucionario, podía pasar, porque contra la actitud subversiva de unos pocos es dable oponer la de la masa de los accionistas, aun no contaminados del *virus* del libre examen y de la autonomía individual. Es verdad que las víctimas de ese espíritu de resistencia van siendo numerosas; que al impulso de la piqueta revolucionaria han caído, hechos ruinas, edificios de cartón-piedra que parecían desafiar el poder de los siglos, como el *Banco de Economías* y la *Indemnizadora* y la *Previsora*, que estos días figuran lamentablemente en la sección judicial de la *Gaceta*; pero el tal elemento subversivo es tortas y pan pintado si se le compara con esa otra máquina demolidora, que dibuja su siniestra silueta en el horizonte, y que se llama *responsabilidad*.

A decir verdad, ese principio funesto no se ha

mas de los días en la casa de Diego, á tal punto que yo no sé si la corcobada en mas hubiera tenido los pasados devaneos y verdaderos de su velado que el enterramiento de ahora. Pero como el espíritu inquieto y deshonesto siempre está arañando asechanzas á la voluntad, no fué bien pasado melio año de que Diego vivía de su propio trabajo y en la abstinencia del deleite á que de tal manera le hubieron aficionado los consejos de maese Estéban, que ya ardía en deseos de tornar á la pasada vida y dejar la forzada honradez á que le tenía sujeto la pobreza. Faltábanle oraciones, que no las tiene el que se ve sin dinero y ha perdido lo mejor de su gentileza y gallardía; pero en cambio estaba en todas aquellas que su imaginación fingía con el deseo y aun con la esperanza; no pecaba de obra, que esto no podía, mas sí de pensamiento, y pagábalo Blasa en malos tratos y aun en golpes á veces.

Quiso el diablo, siempre solícito de la perdición de las almas, que Antonica, la hija de maese Agustín Estéban y la comedianta, se enamorase perdidamente de Diego, que no á menos la obligaba el continuado loor que del mismo hacia su padre della en los tiempos en que el marido de la corcobada tenía aun que perder algunos dineros. La moza era tal y tan amante de Diego, que no bastó el requebrarla señores de calidad, ni el ofrecerle galas de parte de los mas ricos caballeros de la corte, ni el cercarla con sus salaridas importunidades las mas famosas y diestras Celestinas de la villa; habíala cogido la hora de todos, y nadie fué poder á apartarla de aquella que su madre decía ser mayor la demencia en que cayó mujer honrada alguna; que no de otra manera entendía la honra la que en la farsa *Trapacera* vendía á su ama, y hubiese vendido, fuera de la farsa, á su misma hija, segun que con propiedad lo representaba.

Cuando se halló Diego solo y desamparado de todos los

En fin, que maese Estéban y el marido de Blasa acompañaron á Antonica y su madre hasta la calle del Leon, donde tenían su casa, al lugar que despues se llamó el *mentidero de los representantes*; que entraron á merendar con ellas, y que de entonces nació entre la gallarda hija de maese Estéban y Diego una afición grandísima, que á no haber estado todos perdidos, habria sido la perdición de todos.

VIII.

Nunca el árbol que torcido crece se endereza, ni el caminante que pierde la segura vereda torna á ella con facilidad, ni el vicioso abandona por mucho tiempo la mala vida; porque el error tiene engaños y lisonjas que halagan el ánimo, y la verdad es dura y áspera. El marido de la jibosa, tejiendo paños en la casa que fué de su padre, echaba menos los días de su libertad, las horas de su alegría y el vino y las mujeres que habíale sido pasatiempo y gusto en los mejores instantes de su vida. Tenía á sus ojos por el día la severidad y la codicia del amo, en cuyos telares se añañaba por alcanzar unos pobres reales en cada semana; por la noche, el gesto árido y creciente fealdad de su mujer, y á todas las horas la desnudez y la hambre, que con la costumbre de holgar y la mala gana, Diego hacia mucha menos obra que los otros menestrales, y menor era por lo tanto la soldada, con que la miseria paseaba su faz sucia y su desabrimiento por el mezuquino aposento de Blasca.

Obligado cortejo de la pobreza es en la casa el contendere eterno, el reñir continuo y el sobresalto perpetuo y como oficio de por vida. Amanece el día con celos, se almuerzan pesadumbres, al medio día se sirve la amarga salsa de la queja en el plato receloso del cuidado, y no es mucho si por la noche no se toma el lecho despues de una gentil ensalada de garrote. Esto pasaba todos los

FOLLETIN.

CUENTOS DE VIEJAS,

FEDERICO VILLALBA.

MAL DE OJO.

VII.

—Que aquí estais, dijo, marido mio, el primero espejo y mas querido de mis ojos, vaneador de mi fortaleza, domeador de mi voluntad y de mi soberbia! Que á la fin sois venido á buscar esta vuestra esclava y mujer, y á vuestra inocente hija, que aquí está y yo he criado para vuestro regalo. Vení acá, Antonica, hija mía; ves aquí á tu padre, de quien tanto bien te tengo dicho y á quien tú tanto deseabas conocer y regalar: abrázale, Antonica, y vea tu padre cómo eres gentil y hermosa, y cómo honras tu casta, qué es la suya y la mía.

Y á este punto asido había de la muchacha, y todos tres en un rincón de la calle trocaban abrazos y caricias como de marido á mujer y de padres á hija. En el entre tanto, Diego, mas prendado que enantes de Antonica, regocijábale con saber quiénes eran las dos comediantas, por lo que á su nueva inclinación conviniera en adelante.

introducido aun en España, pero caminamos hacia él. La liquidación de las compañías de ferro-carriles, como el de Alar á Santander, declarada por el gobierno, es un paso en ese camino. Otro paso mas, un nuevo esfuerzo de los execrables *comités de resistencia*, ó de protesta, ó de lo que se quiera, y los tribunales españoles siguen á los de Francia en cuanto á declarar responsables á los administradores de las compañías mercantiles de los actos que hayan autorizado con su firma ó en que hayan tenido intervención.

Esa, ni mas ni menos, es la jurisprudencia establecida por el tribunal del departamento del Sena, que acaba de declarar *responsables* al señor Benito d'Azy y á los administradores del Crédito mobiliario francés de los actos ilegales que han autorizado, con graves perjuicios de los accionistas.

De hoy mas, un administrador, un individuo del Consejo de administración de una compañía francesa estarán obligados á leer, examinar y comprobar los balances y estados de situación que el director ponga en sus manos, á asistir á los arqueos, á pedir y examinar las facturas de agentes y corredores, á seguir escrupulosamente la marcha de los libros y asientos, á recorrer la correspondencia, en fin, á saber lo que hacen y á no autorizar sino lo que comprendan.

Claro está que con semejante sistema va á ser difícil á las direcciones hallar consejeros con esos grandes nombres, que tan bien llenan los carteles y prospectos, porque el incentivo de un sueldo, que no pocas veces es nominal, ó el de las *tarjetas de asistencia*, que en algunas compañías le reemplaza, no bastará para atraer á personas bien halladas con su tranquilidad y cuidadosas de su reputación y fortuna.

Bien decía el que dijo que de Francia nos vienen todas las ideas revolucionarias. En alto grado lo son, ó lo parecen, las que encierran esas palabras, *resistencia*, *responsabilidad*, y convendrá cerrarlas la frontera. Harto tienen que hacer aquí los pobres administradores con luchar con esa manía de análisis y de pesquisa que se ha apoderado de la prensa y del público. Al cabo de los años mil, los diarios se entretienen en describir cómo se obtenía una concesión de un ferro-carril, cómo se trasladaba, se negociaba y se transfería de mano en mano; como se formaba la Compañía; á quien iba á parar la concesión después de todas esas operaciones; cómo se construía el camino y por qué los presupuestos mas abultados y las subvenciones mas crecidas resultaban insuficientes.

Todo esto es historia pura, y querer consolar á un accionista u obligacionista, que no cobra el cupon vencido, con ese estudio de costumbres financieras es lo mismo que consolar á una viuda reciente, refiriéndola las costumbres del Malabar; pero de ese exámen del pasado puede venirse á alguna conclusión respecto del presente; de los comités de resistencia puede venirse á los *Comités de exámen* de todo negocio nuevo; de la política represiva puede venirse á la *preventiva*, y entonces no sé lo que pasará, pero sí puedo asegurar que el tipo del antiguo accionista ó imponente, bueno, confiado, crédulo, perczoso, propenso al entusiasmo y tocado del éxtasis, habrá desaparecido, y que el del administrador habrá de sufrir una transformación tan completa como trabajosa.

Tenia yo razon para comenzar esta reseña exclamando como vuelvo á hacerlo: ¡malo, malo, malo!

CÁNDIDO.

MADRID AL DIA.

Tras de las velaciones, y tras del banquete en Palacio, con motivo del casamiento de la infanta doña Isabel, vino la recepción en las habitaciones de los serenísimos señores condes de Girgenti. Y vean ustedes cómo se va cumpliendo todo el programa que les anuncié. Soy yo muy listo, y tengo muy buenas noticias de cuanto ha pasado, pasa y pasará en toda la corte.

Pues como digo, se celebró el banquete, la comida de boda que llamamos nosotros los pobres, con gran concurrencia de convidados de ambos sexos; pasaban de cien personas.

que asistieron al banquete y festin de los ducados de Anton Prieto, y el primero el oficial segoviano, y cuando se vió sin una blanca y sin luz que le guiara de nuevo á la pérdida holgura, pensó que Antonia sería tan mudable y vana como su padre, y, como él propio, ingrata y traidora, por lo que determinó de no verla ni hablarla ya en todos los días de su vida, para no tener real el sospechado desengaño. Pero en este mal juicio erró el pañero, porque la comediante mas le quiso cuando supo el abandono en que le habían dejado sus falsos amigos, y afeó á masse Estéban su conducta. Este, que para otros fines quería á su hija, tomando la ocasión en que se armó una compañía de representantes para Valencia, otro centro y emporio de las letras nacientes en aquellos tiempos, llevóse á Antonia, bien á su pesar y contra su voluntad de la hermosa. Píngió la muchacha, como tan bien sabia su oficio, que ya tenía á Diego en olvido, hasta que, vueltos á Madrid, en aquella confianza el padre y Antonia con la de topar de nuevo á su pañero, ella salióse una tarde del corral cuando aun su madre estaba haciendo el paso y Estéban pasaba una mano de Alemania con dos caballeretes novatos á quienes limpiaba muy bonitamente, y fuése en busca de su amado, que puesto que no sabia si era vivo y en la corte, no ignoraba que en los telares de los paños darian razon de lo que deseaba; como en efecto se la dieron, y á las puéstas del sol aguardó que Diego se fuese para su casa, apareciéndosele antes de llegar á la puente de los Caños, de que fué singular el contento del pañero. ¿Qué podía ya esperar la infelice Blasa? ¿Qué alegría tener, ni qué ventura para su inocente hijo? Desde aquella noche nunca mas Diego volvió por la casa propia do estaba su mujer, ni tornó mas por los telares, ni vidole nadie mas tejer paños, ni ejercitarse en su oficio de menestral. Minado estaba el edificio, vino-se á tierra al primer golpe del amor de Antonia; roído el árbol, y

Lo mas interesante de una comida es el *menu*, la lista de los platos que se sirven en ella, para que me entiendan los que saben poco de estas cosas de comer bien, que por desdicha son los mas; pero, ¡oh fatalidad! aunque tengo entre las manos el del banquete de palacio, no me atrevo á confiárosle, por la sencillísima razon de que en España no hay costumbre de decir en alta voz lo que se come, y yo respeto mucho las costumbres de mi patria.

París, que se llama á sí propio, modestia á un lado, la moderna Atenas, tiene tambien algo de la antigua Lacedemonia, en los tiempos de sus primeros legisladores: París come en medio de la calle; sus *restaurants* y sus *hoteles* publican todos los dias la relacion de sus comidas á 5, 10, 15, 20 ó 50 francos, y todo el mundo dice en medio de los *boulevares* el sitio á donde va á saciar su apetito.

Hasta en las casas distinguidas, en las casas no *bourgeoises*, se anuncia á las visitas y los amigos cuál es el libro de texto por que se guía la cocina, y qué lección es la del dia.

Nosotros no hemos llegado á tal punto, ni llegaremos jamás: y por eso cada español come á hurtadillas de los demás el pródigo garbanzo, la modesta ternera con guisantes, y la melancólica merluza rebozada.

Por eso tambien, respetando la costumbre, guardo silencio acerca del *menu* del banquete de Palacio.

La recepcion..... ya sabeis todos lo que es una recepcion en las habitaciones de cualquier príncipe de sangre real. Muchas señoras, vestidas de alto y con sombrero, muchos uniformes y cruces grandes ó pequeñas, muchas reverencias y muchos *gaucheries* (torpezas) de parte de aquellos que no tienen costumbre de pisar régios salones.

Esto sucedió el 15, y en aquella misma noche tuvo lugar la funcion dramática oficial en el teatro de Oriente.

Con deciros que estubo encomendada á D. Manuel Catalina y compañía, os he dicho bastante.

Por fortuna de los numerosísimos espectadores, la noche mas era para admirar lo que habia de bastidores afuera que para escuchar lo qué decian de bastidores adentro.

Lope de Vega dió *La esclava de su galan* para la funcion régia, y D. Ramon de la Cruz *La casa de Tócame-Roque*; pero para ser acertado en todo el señor Catalina, ingirió en medio de una representación puramente española una comedia francesa, *Mas vale maña que fuerza*. Yo sospecho si lo hizo para lucir su gentileza en mangas de camisa, sus zapatillas bordadas y sus tirantes *rococo* de cañamazo. ¡Es mucho, mucho D. Manuel!

Para dar término á las fiestas del casamiento de la infanta, hubo el sábado por la noche baile en Palacio.

Tampoco puedo aquí deciros mucho del baile, sobre todo porque imagino que en otra parte echaré con mis lectores un párrafo sobre la materia.

Y acabo ya de hablarlos de las régias bodas con deciros que los condes de Girgenti salieron ayer tarde para Italia y Austria, á donde va la infanta á ser presentada á la familia de su esposo.

No todo es fiesta en este valle de lágrimas; y como prueba, os recuerdo lo que sabreis que aconteció el sábado por la mañana en el cuartel de San Gil, de esta corte.

Estaban haciendo cartuchos los gastadores del regimiento del Príncipe en una de las cuatras del piso alto del cuartel, cuando, sin que hasta ahora se sepa cómo, se inflamaron dos cajones de pólvora, causando sérios destrozos en el edificio, y muchas desgracias.

Fueron algunos los muertos y bastantes los heridos; pero ¿qué le hemos de hacer?

Estos son los menos tristes resultados del arte de la guerra, que llaman los filósofos divino, y que consagra la humanidad siempre entusiasmada.

¡Es mucho que el hombre nunca haya sabido vivir sin matar!

Ha pasado la fiesta de San Isidro, y para darle animación vinieron cinco ó seis mil personas de las provincias, apro-

cayóse; vendida tenía el castillo la guarda al enemigo, rindióse al primer ataque, y no fué menester que se emplearan otras máquinas de guerra que los destructores halagos de la comediante.

De entonces fué el llorar y el mesarse los cabellos y el maldecir de su fealdad la jorobada; de entonces fué el tornarse en infernal furia y el vomitar venablos por aquella cueva, que mas que boca parecia: de entonces el salirse los ojos afuera de su natural centro y el arrojar con ellos como rayos de ira. Convirtióse en desenfadada cólera el odio que de antiguo cobró Blasa á la hermosura; dióle la envidia, con el riego de los celos, sazornado fruto; creó en su pecho rencores, alimentó áspides, encubrió víboras, con cuyo veneno quisiera vengarse del infiel marido y su deshonesto amante. Fuéle carga pesada su propio hijo, y ni la mucha hermosura del desdichado infante bastó á ablandarla, antes crecia su colosa rabia con los gritos que la hambre arrancaba á aquel infelice, para quien los pechos de la coreobada, ya secos y ásperos, no tenían la necesaria sustancia.

Entre tanto que Diego y Antonia, separada ésta de sus padres, vivían, bien que con la poquedad que daban las farsas, con el preciso desahogo para quien nunca tuvo mucho, Blasa comenzó á vender las pocas prendas que en su casa quedaban, y cuando ya mas no tuvo que empeñar, pordioseó. Su miseria desde entonces crecia á par de la grandeza de Diego, porque éste, no satisfecho con los pocos dineros que Antonia ganaba, y cobrando otra vez sus antiguos vicios, cayó en el último y mas despreciable de todos, que es el negociar hermosura y vender favores, comer de la honra y vivir de la costa de la propia vergüenza. Hermosa era la hija del segoviano, pero honrada en lo que no tocaba á sus amores con el deshecho pañero. Diego hizo la buscona y puso á cuento su belleza, que, como ya he dicho,

vechando la rebaja hecha en las tarifas de los ferro-carriles por las empuerías del Norte y Mediodia; pero con todo eso la, concurrencia á la ermita del santo bendito ha sido bastante mas escasa en este que en los años anteriores.

Esto no será culpa de la situación financiera ó económica de todas las familias, pero lo parece mucho.

Borracheras ha habido en gran cantidad, y por consiguiente, algunos desmanes y atrocidades propios del hombre *alumbrado*. Era de cajón.

Voy á concluir dando cuenta 'con permiso del gacetillero de «La Nueva Iberia» de dos bodas mas, una realizada y otra en vísperas de verificarse.

La primera, es la de Dolores Robles, la perla dramática de los salones de la duquesa de Híjar, que ha llevado al altar á un ingeniero é inspector de sales, D. Federico García Paton. Natural era que un inspector de sales se casara con quien tanta *sal* derrama, como decimos en mi tierra.

La otra boda en proyecto que, segun mis noticias, tendrá lugar á fin de éste mes, es la del marqués de Claramonte, sobrino del difunto duque de Tetuan, con la señorita de Serrallilla.

No tengo mas que contar por ahora.

LA PRENSA.

FIGARO va estando mas á gusto en su profesion, mista de barbero y escritor festivo ó crítico. Va estirando sus miembros con mayor facilidad, se mueve mejor y mas desahogadamente; en fin, va poseyéndose de la importancia de su papel.

No quiera esto decir que lo desempeña mejor, porque *quod natura non dat.....* Actores hay á quienes la experiencia da aplomo, seguridad, lo que por extension se llama teatro ó conocimiento de las tablas, y á quienes, sin embargo, convendría *entablarar*, si ustedes me permiten la frase tauromáquica.

FIGARO va *parando los piés*, va haciéndose cargo de su oficio, y lo que es mas esencial, va adquiriendo vivísimos deseos de contentar á los suscritores en todo aquello que sea lícito y honesto, que otra cosa en contrario no le consentiría un amigo suyo, grullón, suspicaz y asustadizo, cuyo índice censorio está suspendido sobre la cabeza del pobre FIGARO, ni mas ni menos que como la espada de Damocles, segun solia decir todos los dias el Sr. Corradi cuando era periodista.

No crean ustedes que hablo del fiscal de imprenta.

Pero vamos al caso.

Después de haber creado mi seccion de MADRID AL DIA, en la que me propongo referir todo lo que suceda en la villa del oso y del madroño, y acaso tambien lo que no suceda, comienzo hoy esta otra seccion, destinada á recoger y contestar todo lo que de FIGARO digan sus colegas, si merece breve contestación; á indicar qué es lo mas importante y curioso que la prensa publique; á ser eco de las habilidades ó de las torpezas de los periódicos así nacionales como extranjeros, á servir, en fin, de espejo á eso que, los unos por burla, los otros en serio, llaman cuarto poder de los estados.

Hoy todavia hago este nuevo trabajo de una manera incompleta, por varias razones; pero poco á poco iré desenvolviendo mis facultades, realizando todos mis propósitos y poniéndome á la altura de mis intenciones.

Ustedes todavia no saben de lo que FIGARO es capaz. Ustedes no saben que tal vez es FIGARO el germen y el principio de grandes empresas; y que su humilde navaja podria llegar en alguna ocasion á cortar cualquiera nudo gordiano que se opusiese á las victorias de tal otro Alejandro conquistador. No vayan ustedes á buscar un sentido oculto á mis últimas palabras; no lo tienen.

Y basta ya de música, es decir, de preámbulo.

— Mi querido colega «Gil Blas» publica en su último número algunas cosas, como las que suele, no solo agradables, sino buenas, pero entre ellas un artículo, titulado *El periódico callejero*, que me hace feliz.

Va enderezado, no á «La Correspondencia», que tambien es diario correton y callejero, sino á esos otros chismecillos en forma de folículos periódicos, que dan á luz, de vez en cuando, unos cuantos prójimos que yerran la vocación, y no teniendo en que ocuparse, van y ¿qué hacen? se meten á escritores públicos; peti-

tenia muchos y buenos pretendientes, que presto hinchieron la casa de regalos, pero tambien de infamia. Gozó Diego de la largueza y abundancia que á la mano se le habia velido; pero ¡á cuán amargo y duro precio! Refansele todos, todos le moraban, escupíanle al rostro, hacíanle tretas ruines, entre tanto que se lo podia decir, como en el romance,

todo lo miraba Nero,

y él de nada se dolia.

¡A cuán ba'o y doloroso estremo conducen, perdido el rubor y roto el freno de la vergüenza, las malas inclinaciones del ánimo! ¡Qué miserable vida la del sin honra Diego, de la sin ventura Blasa y de la mal aconsejada Antonia! Pues todavia fué mas dolorosa y triste, como verá el que hasta la postre leyere la relacion de esta verdadera historia.

IX.

Y fué que la coreobada, como tan celosa y ofendida estaba de la comediante, imaginó tomar de ella venganza, que fué tan grande cuanto la afrenta que su marido y Antonia la habían hecho. Hizose espía contino de la hermosa y Diego, para topar ocasion en que verse con ella á solas; mas como su endiablada coreobadura no la dejaba esconderse y disimularse hasta donde quisiera, como no podia embeber sus jibosidades ni alargar su talla, érale preciso inventar mil maneras de que no la viesen antes de lo que á su intencion convenia. Del mucho aguardar en medio de las calles con aguas y frios, del poco regalarse y de aquella desesperada vida que traía, Blasa quedó tan desvalida y flaca, tan negra y huesuda, que si antes era fea, ahora parecia espantosa. Huíanla los muchachos, hacíanla la cruz las mujeres, y guardábanse de ella como del enemigo malo los hombres.

(Se continuará.)

metres insustanciales, trazados de mano maestra en las siguientes líneas de «Gil Blas»:

«No hay mas que fijarse en un pollito muy joven, pero muy insolentito, con su pelito un si es no es melonado, y su levita larga, y sus lentes de búfalo y su sombrero echado hacia las cejas. Está en el café Imperial por la tarde, en el Suizo ó en la Iberia por la noche. Va a los teatros, y... ¡qué demonio de chico! todo su afán es querer estar en el escenario, y enterarse de cómo se llaman de nombre las *suripantás*, y ver si se puede echar una novia por allí. Su conversacion es bastante superficial, pero la suele salpicar con *chistes*.

Esto de los *chistes* tambien es ciencia moderna. Un chiste es todo aquello que puede hacer reir á alguien, con perjuicio de tercero. Como la humanidad es propensa á despojar al prójimo, es cosa fácil arrancar la risa á unos, hablando mal de otros, sobre todo cuando éstos no estan presentes (que es lo que se usa con mejor resultado).

De manera que el pollo literario tiene siempre gran coleccion de chistes preparada. En sus labios están siempre los nombres de los escritores que mas popularidad tienen ó mas aplausos alcanzan, y entre que no pueden ellos lograr otro tanto y que aspiran á lograrlo, van haciendo su pequeña reputacion entre amigos, y se van figurando (y están en su derecho), que son escritores, ó que al menos se parecen, siquiera sea en la figura, á los que lo son real y efectivamente.»

— «La Correspondencia de España» da un susto al miedo mismo. Tiene una manera de contar las cosas, que nunca se está seguro con ella (yo no sé si llamarla *ella* ó *él*; esto de la aplicacion de los artículos gramaticales á los periódicos es mas difícil de lo que á primera vista parece).

Dice por ejemplo el diario de noticias, refiriendo una catástrofe cualquiera: «No eran ustales, lectores míos, que han ocurrido desgracias: no, señores, solo han muerto quince ó veinte personas, han desaparecido otras tantas y se cree que sea doble el número de las que han perdido el juicio.»

Fuera de esta y otras debilidades, «La Correspondencia» merece el favor del público, que le ha hecho periódico necesario, como, andando el tiempo, lo será Figaro.

La última atenuacion intempestiva de «La Correspondencia» está en su número del sábado. Despues de referir los accidentes producidos por el vino en la romería de San Isidro, dice que *no ocurrió ning un otro lance desagradable*; y acto continuo, cuenta un hecho de barbarie inefable, que pudo costar y acaso cueste la vida á un pobre anciano, que estaba sentado en la barandilla del puente de Toledo, y á quien dos graciosos arrojaron al río por gana de divertirse.

En mi juicio, este es el lance mas desagradable acontecido en la romería ó por consecuencia de ella; porque, á un lado la desgracia del anciano, bien que no sea para pasarla por alto, quiero yo que se me diga á qué español podrá gustar que tales cosas sucedan en España.

— Defiéndose «El Cascabel» de Figaro, porque en dias pasados le dijo, á propósito de las lluvias y los precios de granos, que no existen hoy *acaparadores* de cereales en España, y defiéndose de paso de que yo suponga que intenta halagar las preocupaciones populares.

Para lo primero, «El Cascabel» cita un párrafo de «La Nacion», en que este diario progresista da como supuesto que los acaparadores de granos existen. Mi proposicion y mi argumento quedan en pié, digalo «La Nacion», y créalo «El Cascabel» ó no lo crea.

En el segundo punto, de que el colega festivo se defiende negando, me afirmo y ratifico «El Cascabel» es un periódico que, por su voluntad ó contra su voluntad, vive de ocultar al pueblo sus faltas, de glorificar á veces sus malas costumbres y de creer, ó hacer que cree, á pies juntillas en todas las erradas creencias del vulgo.

— El gacettillero de «La Nueva Iberia» es sin duda alguna un muchacho que prometa. Ha leído el *Diccionario de galicismos*, de Baralt, y se cree ya seguramente un sábio, por lo que se me viene censurando, con aire doctoral, la frase *dar cuenta* que yo usaba en mi último número, á propósito de las obras literarias nuevas que se me remitieran.

El tal gacettillero, que sin razon asegura que Figaro se las quiere echar de purista, lo que es evidentemente incierto, dice, muy grave y horondo, que *dar cuenta de algo* vale en castellano tanto como dar fin de alguna cosa, destruyéndola ó malgastándola.

Ni tanto ni tan poco, señor gacettillero. Eso valdrá solamente en el castellano de usted, que vale bien poco; en el de todos los buenos prosadores vale además dar *razon* ó satisfaccion, y si usted hubiese leído por completo á Baralt, ni le habria añadido un *tanto* que no viene á cuento, ni habria suprimido de su leccion la parte mas interesante, aquella que abona y justifica mi frase.

Pero aun hay mas, señor gacettillero: Baralt eliminó sin motivo el a lverbo irónicamente de la primera definicion que hace del sentido de la frase *dar cuenta*; porque es menester que Vd. sepa que, *dar cuenta de algo* no significa dar fin de alguna cosa, destruyéndola ó malgastándola, sino en sentido irónico, que en el recto y usual es dar razon, conocimiento, noticia, precisamente lo que Vd. censura.

Pero no sé por qué me entretengo en dar cuenta (en sentido recto) de quien, si así continúa, la dará al cabo (en el irónico) del comun (suple sentido).

Ne sutor ultra crepidam.

— El mismo gacettillero dice que no lee el folletín de Figaro por evitarse dolores de jaqueca.

Hace bien: por eso mismo no leo yo nada de aquello que está por encima de mi inteligencia.

DICHOS Y HECHOS.

Pregunta *El Averiguador*, periódico tan curioso como entretenido: «¿Cuál es el origen del modismo usado por Cervantes: *el gato al rato, el rato á la cuerda, la cuerda al palo*?»

Y responde Figaro:

Ese modismo viene de un antiguo juego de prendas y equiva- le á decir: Hysern á Nuñez, Nuñez á Hysern, Hysern á Losada.

No es cosa nueva que homeópatas y alópatas anden á la greña; pero lo es algo, que los homeópatas entre sí se muestren tan des-

avenidos y enconados como si trataran de reducirse recíprocamente á dosis infinitesimales. Tal es la actitud en que aparecen los señores marqués de Nuñez ó Hysern, sobre cuál de los dos ha contribuido mas al progreso de la homeopatía en España, *Similibus similia*.

El Sr. Hysern tiene el genio belicoso y salta hasta por encima de los cadáveres para acometer al enemigo. Para demostrar que el duque de Valencia no murió de pulmonía sino de una fiebre esencial, ó mejor, por no haberse encarga lo esclusivamente de su asistencia el Sr. Hysero, ha dirigido á la *Correspondencia* un largo comunicado. El Sr. Hysern lleva al Sr. Losada, que le ha contestado con mucha moderacion, la ventaja de que el ilustre enfermo á que se refiere se murió; pero el Sr. Losada puede decir que se hubiera muerto mas pronto en manos del Sr. Hysern y queda salva la diferencia.

De hoy en adelante, cuando llamemos á un médico para que nos asista en algun grave dolencia, habremos de decirle:—Doctor, una cosa le suplico: máteme usted á su gusto; diséqueme, pero no me discuta como si fuera propiedad de una sala de clínica.

La poesia cuenta ya con un nuevo género no mencionado, por Aristóteles ni Boileau: el género *racionalista*.

A él pertenecen unos versos, que deben ser buenos, puesto que el Consistorio de los juegos florales de Barcelona los juzgó dignos del premio de la violeta de oro, pero que se quedaron sin violeta y sin premio, segun un diario monárquico de Madrid, por *racionalistas*.

Versos *impíos*, versos *obscenos* nos esplicamos que los haya, y que huyan de ellos las violetas y los Consistorios; ¡pero *versos racionalistas*! ¿Qué quiere decir esa gerga?

Sospechamos que, ó el Consistorio de Barcelona ó el diario en que hemos visto aquella ridícula frase confunden el arte con la ciencia, lo bello con lo verdadero, y que lean las composiciones poéticas con telescopio.

De todos modos, el *poeta racionalista* tiene un medio de vengarse del tribunal y de los que aplauden la sentencia. Si sus versos son buenos, publíquelos y su *racionalismo* no impedirá, antes al contrario, que el público le dé la razon, aplaudiéndolos, contra los preceptistas que confunden el código poético con el código penal.

La «Revista Mensual» publica en su último número cinco escenas de un drama inédito en prosa, del Sr. Hartzembuch, titulado *Doña Juana Coello*. Están muy bien escritas; pero no bastan para conjeturar el aspecto bajo el cual el Sr. Hartzembuch se propone presentar á Felipe II.

Ya que hablamos de la «Revista Mensual», habremos de manifestar la extrañeza que nos causa ver que, teniendo talento y lectura sus redactores, no se ocupan mas que en asuntos extranjeros, cien veces tratados, y en los cuales, por consiguiente, es difícil evitar el peligro del *cliché* ó de la repeticion.

Vemos anunciada una nueva traduccion de la *Divina Comedia*, del Dante, por D. Manuel Aranda y San Juan. Con esta serán tres las que se publiquen en castellano, siendo las otras dos la antigua de Villegas, y la flamante y novísima del señor conde de Cheete, en estilo imitado de Champollion.

Son muchos los escritores de los diversos países que han traducido ó comentado á Dante; pero pocos los que le han comprendido. La pasion que en nuestros dias escita ese poeta tiene mucho de moda ó *dilettantismo*, porque ninguno es mas difícil de entender; como que resume y concentra la teología y la ciencia de la Edad Media.

Comprendiendo esa dificultad, el señor conde de Cheete ha pedido al señor marqués de Molins que le escriba una introduccion á su libro; el marqués de Molins ha puesto manos á la obra, con tan mala suerte, que, cogiendo los comentarios de Lamenais sobre el poeta florentino, ha creído que eran el *non plus ultra* en la materia; y no ha ido mas allá. El último de los *comentaristas* de Dante llama al autor de las *Palabras de un Creyente*, que es de los primeros en la época contemporánea, y que avanzó poco en la senda de la interpretacion dantesca.

¡Cuándo decimos que el cantor de Beatrice Porcinari tiene desgracia!

Con motivo de la quiebra del contratista de la *Gaceta*, y fundándose en que existe aun sin vender una parte del material de la Imprenta Nacional, algunos periódicos piden que se vuelva á publicar el diario oficial en la forma y tamaño que antes tenia. Seria una idea fatal. La *Gaceta* de 1853 á 1863 ha hecho ya mas de un tísico, y ha imposibilitado mas de un trabajo estadístico, por lo penoso de su manejo. Si el contratista quebrado empleaba mal papel y malos tipos, nada mas fácil que emplearlos buenos; pero el tamaño no tiene que ver con eso, ni con la quiebra; y no vemos la razon de que huyan de quebrarse los lectores porque un impresor temerario ó mal calculador haya quebrado.

En *establo* dice un periódico que tiene ó ha tenido convertida su actual posesor la capilla de Nuestra Señora de Covadonga, fundacion de D. Pavila, y recuerdo el mas glorioso de la historia patria; como que allí tuvo principio la reconquista sobre el mahometano enseñoreado España.

Si el hecho es cierto, debe aplicarse la ley de espropiacion forzosa á ese señor propietario, ó hacerse una ley ex-profeso para él en un solo dia. Si en la patria de D. Pavila quedan aun osos, no es prudente que anden sueltos, ni por poblado, á no ser que estén atados á una cuerda y sepan lucir sus habilidades en la feria sin perjuicio del público ni de los monumentos históricos y artísticos.

Se abrió al fin el nuevo Circo de Mr. Price, y se abrió con dos ó tres llenos completos.

El local es por el estilo del antiguo, aunque se me figura un poco mayor, y mas limpio, porque es flamante.

La compañía es incomparablemente mejor que la del Circo del Principe Alfonso.

Hay dos ó tres *cuyeres*, que harán de seguro profunda mella en los corazones sensibles de los *amateurs* de los aros y las cintas,

y llenarán de escudos á las floreras y fabricantes de ramos. Presagio tempestades de celos, que en vano intentarán aplacar las facultades multi-amatorias de las Amazonas.

Les faux mollets (pantorrillas de algodón) me parecieron de las mejores fabricas, é irresistibles, por consecuencia, mas que un fusil de aguja ó que la desconocida *ametralladora* del emperador Napoleon.

Allons, mes braves.

Hablo con los que se atreven á querer á las reinas del Circo.

Los corridas de toros, dos nada menos, se han verificado desde el domingo antepasado hasta hoy. Una anteayer y otra ayer.

Doce infelices toros, mas caballos y algunos revolcones de hombres se han sacrificado en el altar del espectáculo nacional. ¡No estarán quejosos los manes de Pepe Hillo, Romero y Costillares!

Y á propósito: hace pocos dias que los diarios políticos y literarios censuraban duramente á las empresas de los teatros de verso porque no solemnizaron, en 23 del pasado, el aniversario de la muerte del gran ingenio español Miguel de Cervantes. ¿Y por qué han callado ahora, y por qué no han censurado á la empresa de la plaza de toros, que no ha querido solemnizar el aniversario de la primera corrida que tuvo lugar en España, el 15 de mayo hizo setecientos y tantos años?

Francamente, yo soy amigo de la imparcialidad y de la consecuencia: para los toros quiero lo mismo que para los teatros; las grandes solemnidades deben serlo siempre.

Por mi parte, si hubiera sido empresario de la plaza, habria dispuesto para el día de San Isidro la funcion siguiente:

1.º Diez toros escogidos con candil por entre todas las ganaderías españolas; el que menos, dispuesto á matar diez caballos.

2.º Formacion de una cuadrilla *d'élite*, en la cual debia haber media docena de toreros prontos á morir en las astas para mayor brillo de la funcion.

3.º Convite á todas las corporaciones científicas, literarias y civiles de la corte.

Y 4.º Nombramiento de comisiones de todas las provincias de España para asistir al acto.

Despues de esto, ya podíamos quedar tranquilos todos los españoles amantes de la patria.

Y ya que he citado á Figaro de París; voy á copiarle una anecdota relativa á los primeros años de la vida del general Narvaez, que es curiosa y pinta bien el carácter del difunto duque de Valencia.

Servia Narvaez en 1823 en el ejército constitucional, en calidad de ayudante de campo del general Mina. Hecho prisionero por los franceses del duque de Angulema, fué internado, con algunos de sus compañeros, á la fortaleza de Briancon.

Estando un dia en la mesa, se entabló una discusion vivísima sobre política. Narvaez se creyó objeto de un insulto sangriento con motivo de algunas palabras de su vecino, y en medio de la cólera que le produjo el imaginado ultraje, se apoderó de un cuchillo con el que pretendia herir á su compañero. Un coronel español, que estaba en la mesa, y que era el oficial de mas graduacion entre ellos, afectó la conducta del joven Narvaez, con palabras duras, que, haciendo á este volver de su arrebatado, le humillaron profundamente, obligándole á sentarse afectado.

Todo parecia ya concluido, cuando de pronto se levanta Narvaez, vuelve á tomar el cuchillo y se hiere con violencia, aunque, por fortuna, levemente.

Su amor propio no habia podido soportar una reprension merecida, y no queria sobrevivir á lo que juzgaba una deshonra, tanto mas cuanto que el hecho habia tenido lugar en presencia de oficiales franceses.

Yo no sé hasta qué punto será cierta la anecdota, pero por lo menos, es característica, y como tal la copio.

— Mas á propósito.

En estos dias ha llegado á Madrid la señora duquesa de Valencia, con su madre la señora marquesa de la Pagerie.

La guerra entre la falda larga y el traje corto es ya un hecho consumado; guerra á muerte, encarnizada, sin tregua ni cuarte; guerra de potencia á potencia, en que unos y otros adversarios levantan.... ó bajan bandera á cuya sombra se agrupan esforzados campeones que esgrimen los aceros.... de sus plumas en defensa de sus respectivas causas.

Hé aquí de qué modo *La vida parisienne* (periódico que ve la luz en la capital de Francia) presenta batalla á los prosélitos del vestido largo:

«¿En dónde leereis, pregunta, el pensamiento secreto, las sensaciones, vamos al decir, de una mujer? ¿En sus ojos, que lloran á voluntad? ¿En su frente, á que las arrugas están prohibidas? ¿En su rostro, cubierto de una triple coraza de cold-cream, arroz y polvos de arroz? ¿En los movimientos de su seno, que el calor ó la agitacion del wals levanta del propio modo que la emocion mas viva? ¿En su mano, cubierta siempre del guante y ocupada además con un ramo, un abanico ó un pañuelo cuando menos? De ningún modo; al pié es donde hemos de mirar; al pié, que recibe todas las sensaciones de esa criatura sensual y sensible, y las trasmite todas; al pié, que no puede ocultar la repugnancia, ni el placer, ni el deseo.

Vedle herir la alfombra, impaciente, ó contraerse enojado, ó bien, al halago de una dulce impresion, estirarse con las voluptuosas convulsiones de una gata que saca las uñas. Al anunciar de un nombre, al murmurar de unos labios, á la llegada de *Fulanita*, á la partida de *Zulano*, un estremecimiento corre á todo lo largo del pié y arruga el raso de la bota, como al agua tranquila de un callado lago riza un viento huracanado. Ese estremecimiento es un síntoma, y un aviso, y una orden.»

Mucho se teme Figaro, que estas precisamente sean las razones que hagan triunfar al traje largo.

MADRID, 1863.—Editor responsable, D. Antonio Andrés Babi.— Imprenta de Manuel Aliacar, Travesía de la Ballesta, 7, bajo.